

teniendo otro remedio, la señora de Ormont se puso a la mesa, y la criada, según lo estipulado, sirvió a la niña todo lo mejor.

—¡Vamos! Brigida, sírveme también; como no veo nada, hay que tratarme como si estuviera en mantillas.

Recordóla con un gesto lo que habían convenido, pero la buena criada engañóla generosamente. No le valió, porque Georgina la delató exclamando:

—Abuela, Brigida no se queda con nada. Obligóla a restablecer una apariencia de equilibrio, lo que redujo bastante la parte de la abuela.

Entre tanto, cuando la cocinera volvía la espalda, pasaba la niña poco a poco al plato de su abuela el contenido del suyo.

—Pero, ¿qué es esto, Brigida? ¿No se concluye nunca este almuerzo?

Georgina, cogida in fraganti por la criada, se puso como una ampolola.

—¡Ah, señora! ¡bueno está esto! La señora va llenando el plato de la señora a medida que se vacía.

—¿Ves? si yo tuviera mis gafas no sucedería semejante cosa, por culpa tuya...

—¡Oh, abuelita! no la riñas... es que yo las he escondido. Mañana te las devolveré para que vayas a cobrar tu renta...

—¡Lo sé todo! Y se arrojó en los brazos de su abuela, que sollozaba tan fuerte como la niña, cubriéndola de besos.

ULTIMOS AMIGOS.

Pasa de un pobre el entierro, De un pobre todo virtud, Y su solo amigo, un perro, Acompaña el ataúd.

Marcha a la postrer mansion Un rico avaro y cruel, Y de frac, guante y baston Van mil amigos tras él.

Ni una cruz queda al primero, Y al otro pónenle allí Flores, pa' mas y un letrado Que dice: «Rogad por mí.»

A vuelta de tiempo veo Las tumbas... y cómo están? No hay nadie en el mausoleo Y en la fosa sólo el can.

¡Oh humanidad! ¡Oh verdugo De tí mismal! ¡Qué irrisión! Lloran al que dió un mendrugo Y olvidan al de un millon!

Con justicia, y no te asombres, Dijo el filósofo Alfás: «Desde que trato a los hombres, Estimo a los perros más.»

A los hombres nunca extrañan La muerte ni su segur; Al que tiene lo acompañan, Al que nada tiene... ¡Abur!

Pero, pasando el entierro, Mucho más vale en verdad La fosa en que gimé un perro. Que la cripta en soledad.

JUAN DE DIOS PEZA.

EMIGRACION.

Van en busca de sol las golondrinas Y atraviesan las cumbres y los mares, Dejando en los domésticos alares Tibias pajas y plumas azulinas;

Tal los niños, que sueñas peregrinas Bellezas de los cielos, sus hogares Dejando oscuros, llenos de pesares, Van a regiones altas y divinas.

Niños del aire son las placenteras Golondrinas erráticas que giran Candorosas, fantásticas, ligeras; Y son los bellos niños, cuando expiran, Golondrinas que parten de sus nidos

Hacia huertos perennes y floridos. Bogotá, 1893.

ENRIQUE W. FERNÁNDEZ.

ANTE UN CRUCIFICADO.

Conozco, oh sumo Dios! que he delinquido de tus santos preceptos olvidado; que del emperío al gozo ilimitado, el humano deleite he preferido,

Delante de mis ojos ese olvido se levanta cual sombra del pasado... ¡Qué terrible es llevar por el pecado el generoso corazón herido!

Perdon, Señor!... La culpa me anonada: yo imploro tu bondad, y sufro al verte frío, y sin luz el sol de tu mirada.

Pero así conquistaste gran victoria; que para el hombre abriste con tu muerte, de par en par las puertas de la Gloria.

CARLOS L. MARÍN.

LOS DOS CREPUSCULOS.

MA a tu Creador en lo más secreto y recóndito de tu corazón: por más que te alejares, nunca dejarás de estar en su presencia. A la hora del primer crepúsculo, en esas horas en que despierta la naturaleza del sueño de la noche, y los pájaros abren los ojos y cierran sus plumas, y los rumores del día comienzan a nacer en las ciudades, y el susurro de los árboles toma cuerpo en los añosos bosques, y la luz se extiende en los amplísimos espacios, en esas horas que pueden llamarse virginales y puras, sacude el sueño, deja el lecho, y desde un rincón de tu casa, ó junto al alfeizar de tu ventana, saluda a la naturaleza que tantos bienes te ofrece, y saluda muy especialmente y da gracias a Dios que así te deja gozar del espectáculo de sus obras, y del beneficio de la creación.

Al caer la tarde, a la hora del crepúsculo vespertino, en esas horas de creciente calma y tranquilo sosiego, en que el último canto de los pájaros, y las postreras luces del día, y los rumores, y todo se desvanece en el seno de una indefinible y plácida melancolía, recógete también, afílate, y alza al cielo los ojos de tu alma, y bendice al Dios de las alturas, y sueña en Él, y en la dicha que te reserva.

Y si eres Labrador recoge tus aperos, y a la manera que las aves, ve a tu nido que es tu casa; y bendice a tus ancianos padres; a tu buena esposa, a tus cariñosos hermanos, a tus alborotadores y juguetones hijos; comparte con ellos las primeras horas de la noche, y luego retírate a descansar, cuidando antes de ofrecer tu sueño a Dios, y despidiéndote de Él, que tal vez al día siguiente habrás dejado de existir, y no será ya tiempo...

Y si eres hombre de letras, cierra tus libros, y acuérdate que tú y los libros no sois solos en el mundo, y que tu familia tiene derecho a las caricias, y bendice a Dios también, bendícelo que Él es grande, sabio y bueno...

ANTE UNA TUMBA.

No es esa, no es la tumba en que grabada la frase delicada deja el amor, y sus fragantes flores, a que mueve en mi pecho dolorido el intimo latido

Y el raudal de mis intimos dolores. Venid aquí los que lloráis sin calma la soledad del alma

de vuestra vida en la espinosa senda; aquí sobre esta tumba sin letrado deje el dolor anustero un suspiro, una lágrima, una ofrenda.

¡Y quién reposa aquí! Nadie lo ignora! Ningun doliente llora... No suena el triste acento modulado entre sollozos de dolor... Reposo

bajo esta dura losa un miserable, un paria, un desdichado. Si es verdad que las almas se alborozan y agradecidas gozan de bienestar y plácido consuelo, cuando reciben, como dulce fruto del amor, el tributo

de aquellos que las lloran sobre el suelo; veid aquí... Sobre esta tumba helada, desierta y olvidada,

dejad las flores que encontréis al paso... El hombre, esclavo dócil del destino, ignora de do vino

y en qué rincón encontrará su ocaso, José I. NOVELO.

DESALIENTO.

¡Dolor, qué bien me conoces! No soberbio y cara a cara Diriges contra mi pecho Tas flechas envenenadas.

Una tras otra mi mano Fuera capaz de atrancarlas, En el labio la sonrisa Y en el corazón la calma.

Muerto en vida me quisiste, Y has matado mi esperanza, No con tóxicos mortales, Sí con bebidas amargas.

Vencedor yo me creía Del odio y de la falacia, Y el desengaño y la duda Me rinden y me maltratan.

Lo que no logré el deseo, Húspeda que cedé de mi casa, El capricho lo pretende.

Y la abnegación lo alcanza, Sin que un momento mi dicha Dejen brillar limpia y clara Las nubes de lo pasado

Flotando siempre en el alma. ¡Dolor, qué bien me conoces! Tú ganarás la batalla,

Que siempre contigo en lucha, Si bien con distintas armas, Pobre actor de esa comedia Llamada la vida humana,

¡De tanto como he reído Me están ahogando las lágrimas!

MANUEL DEL PALACIO.

EL ANARQUISMO.

SONETO.

Aspira a ser partido, y su doctrina es el odio, la fiebre y el espanto; pretende redimirnos y entretanto lo puede realizar, nos asesina.

El rayo que su cólera fulmina lleva al tranquilo hogar miseria y llanto, y de la angusta libertad el manojé en sangre tinte con traición dañina.

Antes que verle profanado y roto por turbas parricidas y groseras que navegan sin rumbo y sin piloto, antes, ¡oh patria! que a sus manos mueras, yo, liberal como el primero, voto

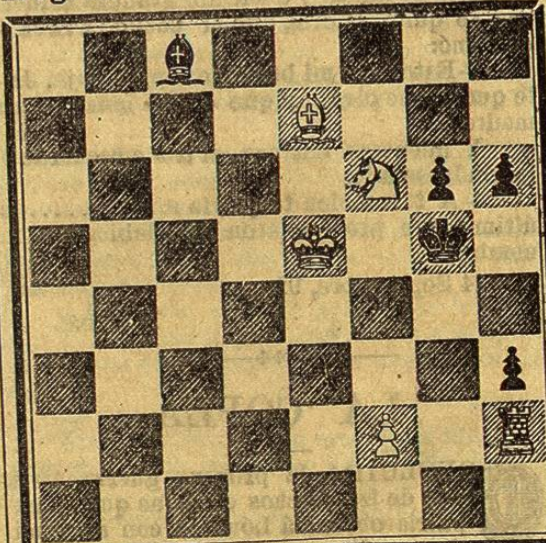
contra la libertad de las panteras.

MANUEL DEL PALACIO.

PROBLEMA DE AJEDREZ

M. HERRERA.

Negras



Blancas.

Salen las blancas y dan mate en 3 movimientos. Solucion del problema publicado el domingo 2. D 5 C - 7

El resultado del Match que acaba de jugar el notable ajedrecista D. Mariano Egniluz y el Sr. Don Manuel Márquez Sterling, tuvo el resultado siguiente:

Egniluz, juegos ganados, 5. Márquez, id. id. 2. Tablas, 2.



Tomo III. México, Domingo 24 de Diciembre de 1893. Núm. 127

ANGELINA.

NOVELA POR DON RAFAEL DELGADO.

ESCRITA PARA "EL TIEMPO."

(CONTINUA.)

LIII

Esta carta me causó profunda pena. Linilla padecía y lloraba, temerosa de que Gabriela le robara mi corazón... Obscura nube veló de pronto el cielo de mi dicha, y temblé al considerar que me aguardaban nuevas amarguras. Pero, a decir lo cierto, no me causaron extrañeza ni las palabras de Angelina, ni el tono de su carta.

Desde los primeros días, cuando mi cariño era todavía un misterio para la doncella, pude observar mil veces que nunca le fueron gratos los elogios de mi tía a la gallarda señorita; y no porque la envidia ó el orgullo hacen causa de ello, que tales pasiones no tenían morada en aquel corazón generoso y sencillo, sino porque debido a las torpes murmuraciones vilaverdinas, ó a presentimientos y recelos, muy naturales en una niña que ama y cree que es amada. La pobre Linilla temió, aun antes de corresponder a mi amor, que yo me prendara de Gabriela cuya belleza y elegancia no podían ser vistas sin interés por ningún mozo de mi edad. ¡Pobre niña infortunada! El dolor y la desgracia la habían hecho temerosa. Muchas veces me dijo: «Rodolfo: nuestros amores no serán dichosos. Nací condenada al infortunio, nací condenada a padecer, y cuanto es para mí felicidad y ventura perecer y ser malogra... ¿Me amas? Si; pues dejarás de amarme. ¿Te amo? Pues, óyelo bien: este amor que es en mí como la aurora de hermoso día, este amor en el cual he cifra-

do todas mis ilusiones y todas mis esperanzas, no será coronado por la dicha...

Y la pobre niña no podía ocultar sus recelos, y me los confiaba sencillamente como deseosa de conseguir por este medio la perennidad de un afecto que le parecía vano y fugitivo. Después se arrepentía de haber dudado de mi constancia, y llorando me pedía que la perdonara. Mas a poco, cuando, calmada por mis palabras y mis promesas, sonreía dichosa y en su pálido rostro irradiaba la alegría, tornaba a sus presentimientos: «No me engaño, no quiero engañarme... Me da pena decirte, pero ya sabes que nada te oculto, que no quiero ocultarte nada: vives engañado; dices que me amas, y no mientes, no, porque eres incapaz de mentir... dices que me amas, y, ciertamente, tu corazón es mío, a toda hora piensas en mí... pero no es Linilla, la pobre Linilla, la huérfana recogida en un mesón por un anciano caritativo, la niña infeliz, fruto de amores que el Cielo no bendijo, la que será tu esposa. Te conozco, Rodolfo; eres ambicioso, deseas una mujer brillante, que a todos cautiva con su belleza, que deslumbró en los salones... Sueñas ¡al fin poeta! con dichas que yo no puedo darte... ¿Me amas? ¡Ya me olvidará!»

Linilla se engañaba. La amaba yo con toda mi alma, y bien sabe Dios que mi corazón era todo suyo; que nunca mis ojos se fueron en pos de otra mujer, que era yo celoso, aun bien de mi amada, hasta de la menor palabra que pudiera salir de mis labios, con olvido de Angelina, y fuera para ella como una infidelidad mía. Lo que nunca quise hacer, y

de ello me acuso sinceramente, fué borrar de mi memoria el recuerdo de Matilde, la dulce niña de mi primer amor.

Pero ¡ah! yo aliviaría las penas de mi amada, desvanecería sus tristezas, le escribiría larguísima carta y pronto estos temores quedarían disipados.

Me vestí de prisa y me lancé a la calle. El domingo es alegre en Vilaverde; muy alegre si se le compara con los demás días en que las calles y plazas están casi desiertas. La población rural viene a la ciudad con motivo del tianguis, y los vilaverdinos salen de sus casillas para ir a misa y al mercado. Las tiendas están abiertas hasta las tres de la tarde, y los rancheros, muy vestidos de limpio, luciendo la camisa planchada y azulosa, suben y bajan por las calles, llenan templos y tiendas, y a eso de las tres se vuelven a sus campos y a sus aldeas.

La misa de doce es la más concurrida; a ella van las muchachas en privanza, muy emperejiladas y lindas, y en el atrio de la Parroquia, bajo los fresnos y los ahushuetes, se renne la flor y nata de la pollería vilaverdina.

Visitó a don Román el cual se mostró muy afable y cariñoso con su discípulo; estuvo en la casa de Sarmiento, pero no tuvo la fortuna de verle, como yo lo deseaba, para darle las gracias por sus eficaces recomendaciones, le dejó una carta del Sr. Fernández en la cual le consultaba no sé qué acerca las enferme'lades de Pepillo, y me fui en busca de Andrés hacia su tendajo de La Legalidad. El pobre viejo se olvidó de sus marchantes, saltó por cima el mostrador y corrió hacia mí,